

Por el autor de *Assur*

FRANCISCO NARLA

RŌNIN

Honor, venganza y destino

La leyenda del samurái azotado por el viento



” TH NOVELA

Francisco Narla

RŌNIN

temas de hoy. TH NOVELA

ÍNDICE

PRIMER MAGARI

Fushimi

15

SEGUNDO MAGARI

Traición

97

TERCER MAGARI

Kyōto

187

CUARTO MAGARI

Paciencia

241

QUINTO MAGARI

Nafragio

297

SEXTO MAGARI

Voluntad

385

SÉPTIMO MAGARI

Sevilla y Sendai

469

OCTAVO MAGARI

Encierro

563

NOVENO MAGARI

Tormento

641

DÉCIMO MAGARI

Venganza

701

UNDÉCIMO MAGARI

Honor

779

Cuaderno de notas del autor

831

Moriría esa noche. Y él lo sabía.

Aquella mansa quietud no duraría mucho. Las guerras, como los mentirosos, jamás sacaban provecho del silencio. Los combates empezarían de nuevo; sin remisión. Y serían los últimos.

No vería el nuevo amanecer.

Era una noche plácida, la primera desde el comienzo del asedio que concedía un respiro a los *samurai* del castillo. La luna, casi en plenitud, se mostraba con timidez sobre las tejas oscuras, y su reflejo, acompañado por las llamas vacilantes de los faroles, apenas llenaba las sombras. El agua del arroyo, modelado durante años por los artesanos, susurraba con el tono justo. El cálido aroma de los juncos maduros se escapaba de los jardines dispuestos entre los almacenes, las armerías y los barracones de la guarnición. Las ramas de los cedros trenzaban huecos de claroscuros; mecidos por una suave brisa que rompía el encanto de aquella serenidad al revolver, sin recato, los hedores de las cruentas batallas que se habían sucedido durante diez largos días.

El verano terminaba y el calor del día, apesado por las enormes piedras trabadas en los cimientos, se liberaba poco a poco. Ni siquiera las cigarras y los grillos, espantados por las atroces contiendas, se atrevían a romper la hipócrita calma de la tregua.

Envuelto en aquel presentimiento del otoño, recogido entre los aleros de las murallas, Saigō caminaba adentrándose en el corazón del alcázar. Se movía con ligereza. Con un andar suelto, impropio para un hombre que arrastraba sus años y cicatrices.

Los duros *geta* de madera que calzaba apenas hacían ruido cuando apoyaba las suelas, pero cada paso se acompañaba de un desagradable tintineo; el complicado entramado de cordajes de seda que sujetaba la miríada de escamas de su armadura había recibido algún corte. Probablemente en el último ataque, al ocaso, durante las escaramuzas a caballo que habían librado instantes antes del incendio de la torre del este. Cuando, una vez más en aquel interminable asedio, Torii Mototada, el *daimyō* del castillo de Fushimi, había dado la orden sin temer la aplastante superioridad del enemigo. Y, una vez más, había resultado evidente que los dos centenares escasos de supervivientes poco podían hacer contra los casi cuarenta mil aceros del ejército comandado por el magistrado Ishida Mitsunari.

Ahora, preparándose para lo que sería el final, los dos bandos cobraban resuello aprovechando la pausa. Y en tanto el adversario tomaba aliento, en el fortín, muchos componían un postrer poema con el que enfrentar la muerte, otros acometían unas últimas tareas que apestaban a derrota; y el señor de la fortaleza, sin explicaciones, lo había hecho llamar, con urgencia, despreciando el destino de dolor y muerte que se cernía sobre ellos.

Le parecía recordar el silbido agudo de un disparo que había pasado demasiado cerca, aunque Saigō no dedicó un solo pensamiento a esa o a cualquiera de las veces que había estado a punto de morir en aquella sarta de días esculpidos a sangre y fuego. Se palpó el costado del peto hasta encontrar las launas que la bala había rozado, las liberó de los cabos deshilachados y las guardó bajo el *kote* que protegía su antebrazo izquierdo. No quería perderlas. A excepción de su hijo, al que no veía desde hacía demasiado tiempo, aquella desgastada armadura y su par de sables eran cuanto le quedaba de su vida anterior.

Sin detenerse, desechando la nostalgia que pretendía hacer presa en él, ató los cabos sueltos con manos ágiles y sus labios se contorsionaron en un inacabado amago de sonrisa. Ya no se oía aquel incómodo soniquete, solo el leve susurro de los zuecos en la arena del camino.

Satisfecho, el *samurai* sacudió los hombros acomodando las guatas. Abrigado con la reconfortante sensación de que cada pieza y lazada

asentaba en los callos de su cuerpo. Era como toparse con un viejo amigo. Y aquella percepción le permitió arrinconar la melancolía que le había producido pensar en su pasado. Siguió su camino.

En un pequeño patio, decorado por jardines de grava rastrillados y arbustos de azalea delicadamente podados, se cruzó con un grupo de *shinobi*. A la luz de antorchas y lampiones de papel, aquellos guerreros arreglaban sus oscuras vestimentas azules, preparándose para una incursión nocturna a las líneas enemigas; probablemente advertidos por alguno de los capitanes de que debían cortar las líneas de correo del enemigo.

Eran fabulosos espías, maestros en las refriegas cuerpo a cuerpo y artesanos consumados en las tareas de sabotaje, pero, como él mismo, aquellos hombres llevaban en sus rostros el castigo del largo asalto. Estaban marcados por el hollín y la suciedad. El cansancio contorsionaba sus expresiones. En algunos incluso destacaban aparatosos vendajes tintos de sangre.

Sin detenerse, instigado por el extraño mandado de su señor feudal, Saigō tan solo les dedicó un severo gesto de reconocimiento. Y aquellos misteriosos soldados, dispuestos siempre a arriesgarse con las más temibles encomiendas al abrigo de la oscuridad, se inclinaron con gravedad.

Habían sido enviados a Fushimi desde la región de Kōga por petición expresa del propio Tokugawa Ieyasu, el líder del Consejo de Regencia; y en aquellos días en que las dos facciones de un Japón dividido se tentaban preparándose para una guerra civil, se habían mostrado inestimables, incluso en las escaramuzas previas al asedio. Y su saludo estaba lleno de profundo respeto, pues los hombres del *ninjutsu* habían llegado a admirar a aquel *samurai* de magros modales y profundos silencios que se alejaba caminando hacia el dédalo de tapias y murallones que conformaba el reducto interior del castillo. Uno de ellos incluso le debía la vida, y fue el último en apartar la mirada. Todos eran conscientes de que no volverían a verse; pronto arderían de nuevo las mechas de los odiosos mosquetes occidentales que sus sitiadores habían conseguido.

Desde su imponente altura de cuatro plantas, la torre del homenaje, grácil y ligera, contemplaba los pasos del hombre. Su silueta, recortada contra el velo azabache del cielo gracias a la claridad de la luna, recorda-

ba a un gran pájaro en equilibrio sobre una rama quebradiza, delicadamente apoyado, pendiente del crujido que lo obligase a emprender el vuelo. Las onduladas cornisas parecían estar a punto de abatirse para tomar impulso.

Y, coronando una suave pendiente al abrigo de la atalaya, Saigō llegó hasta un par de peldaños adoquinados de largas huellas en las que despuntaban verdes brotes de hierba. Algo más allá, un ángulo en el mura-lón cedía el paso a dos puertas: una enorme y solemne, tachonada de remates de bronce; y otra mucho más humilde, terminada en bastos maderos. Había llegado.

No dudó; franqueó el más sencillo de los umbrales, el que había sido construido para que un extraño no adivinase el camino correcto. La pesada hoja se movió con suavidad sobre las bisagras de hierro y, una vez al otro lado, aguardó respetuosamente a ser llamado.

En aquel recinto, el alma de la fortaleza, unos pocos guardias de rostros demacrados, vestidos con formales *hakama* de piel y sobretodos estampados con el blasón del clan Torii, protegían a su *daimyō*, al elegido por el mismísimo Tokugawa Ieyasu para guardar la crucial fortaleza de Fushimi. Antes de mover siquiera un músculo, observaron con fijeza al antiguo labriego al que, misteriosamente, habían llamado a comparecer.

Saigō era un hombre espigado, de casi un *ken* de altura. Tenía el aspecto nervudo de uno de esos sables de prácticas hechos con manojos de cañas de bambú que usaban en las escuelas meridionales. Su rostro, picado por la viruela, y las arrugas que entretejían su piel castigada, daban testimonio de sus casi cuarenta años. Sus pómulos altos enmarcaban ojos del color del nogal viejo y oscurecían las mejillas, sombreadas por una barba rala en la que, cada mañana, despuntaban las canas. Como los monjes, en lugar de llevar el tradicional tocado que le correspondía por posición, se afeitaba escrupulosamente la cabeza. Había nacido al sur, en un pequeño señorío de la isla de Kyūshū y decía ser de origen humilde. Aunque todos habían oído rumores de cómo aquel *samurai* había forjado sus propias leyendas en las antiguas luchas fraticidas que habían conducido a la unificación del *país de los dioses*.

Los guardias se apartaron entre los crujidos del cuero de sus prendas.

—Podéis pasar, el señor os espera —le dijo franqueándole el paso una voz severa que no sació sus dudas por el llamamiento.

Aquel era un recinto de paz dedicado al *daimyō*. Un atrio ordenado con la exquisitez de la asimetría en el que cada arbusto, laja de pizarra y piedra parecían haber terminado en su lugar de manera natural, aunque la realidad era que, a través de un infinito trabajo, hasta el más diminuto parche de musgo había sido dispuesto por artesanos minuciosos. Era un lugar al servicio de la meditación y la belleza. Incongruente en la tensión que anegaba el ambiente previo a la batalla que se avecinaba.

Sobre tocones desmochados con elegantes cortes, o encima de piedras cuidadosamente elegidas, se apoyaban pequeños árboles cultivados en vasijas de porcelana de la mejor calidad. Y moviéndose con dificultad entre ellos, renqueando por culpa de las viejas heridas que habían lisiado sus piernas en una guerra no tan distinta a la de aquellos días, el señor de Fushimi, el hombre que llevaba por *mon* de su familia los arcos que indicaban el umbral de los templos, caminaba trabajosamente.

El *daimyō* era enjuto, de ojos cansados y ralos cabellos arreglados con el moño tradicional. Se había aseado para desprenderse de la mugre de las luchas y vestía con pulcritud prendas ligeras de colores discretos; no llevaba prendidos en su *obi* el par de sables habituales. Tenía un rostro redondo y afable, sereno incluso en los combates más encarnizados.

Apaciblemente, paseaba entre sus *bonsai*, arrancando algún hierbajo, rozando con las puntas de los dedos las hojas coloreadas de un arce de apenas un palmo de altura, observando con atención cómo cuajaban los frutos de un granado mientras su ligera barba de finas canas se movía con la brisa. Treinta años atrás había sido impetuoso, un tigre seguro de sí mismo. Pero el paso del tiempo le había enseñado a reconocer la estupidez de su propia juventud. Ahora, después de tantas contiendas al servicio del gran señor Tokugawa Ieyasu, regente del Consejo, solía pensar que, desgraciadamente, un hombre solo atisbaba a comprender su ignorancia cuando la edad se empeñaba en demostrarle que ya no le quedaría tiempo para aspirar a la sabiduría.

Sin hablar antes de que se lo indicasen, siendo consciente de que los escamados guardias no le quitaban el ojo de encima, Saigō se fue acer-

cando. Sin poder evitar el preguntarse qué desearía su señor de él en un momento como aquel.

Fuera lo que fuese, solo esperaba que se tratase de un camino a la victoria, aunque supusiera su propio sacrificio. La muerte no importaba. Y en los últimos diez días, con cada ocasión en que un puñado de jinetes se había enfrentado a un ejército que lo superaba en proporción de cien a uno, lo había demostrado gustoso. Se abriría el vientre con solo una palabra de su *daimyō*; perder la vida era admisible. Lo inaceptable sería el deshonor de la derrota. La ignominia del vencido.

Y por eso, para poder cumplir con su deber, anhelaba que el señor del castillo le hubiese mandado llamar porque, al fin, había encontrado el modo de hacer realidad lo imposible: vencer a las huestes del magistrado Ishida Mitsurani.

El magistrado Ishida Mitsunari, en pie frente a su tienda de campaña, mirando hacia la silueta del castillo que coronaba la colina Momoyama, se rascó el romo mentón usando el extremo de una de las varillas de su abanico. Pensaba en cómo devastar aquella fortaleza.

Estaba rodeado por miles de hombres. Hasta donde alcanzaba la vista, iluminados por la luna, flameaban estandartes que lucían la hoja de paulonia del blasón usado como emblema por el joven heredero Toyotomi Hideyori. Sin embargo, aun pese a las continuas cargas desde todas direcciones, la plaza de Fushimi no se rendía.

Era un hombre cenceño, con un rostro abotagado que recordaba a un pez *fugu* hinchándose para evitar que lo atraparan. Y esa noche la frustración anidaba en cada uno de sus gestos.

La información obtenida por sus espías había resultado ser cierta: Tokugawa Ieyasu había pasado por el castillo. Pero el subversivo regente había intuido la emboscada y había escapado con apenas unos días de ventaja; dejando al magistrado con el único consuelo de pensar que, gracias a su ataque, habría espantado al díscolo mandatario, impidiendo que siguiera avanzando en su velada campaña por reunir un contingente con el que enfrentarse a sus opositores en el Consejo.

Sin embargo, aunque aquel sedicioso hubiese huido, Ishida Mitsunari no pensaba dejar que uno de los baluartes rebeldes quedase en pie.

—Atacaremos una vez más, ¡todos! ¡A un tiempo!

Aseveró sin volverse al oficial que aguardaba a su espalda.

—No quedará piedra sobre piedra, que se adelanten los escuadrones con armas de fuego. ¡Atacamos! —afirmó vehemente señalando la silueta del castillo con su abanico.

Aquel cargamento de mosquetes que había interceptado le granjearía el éxito. Tokugawa Ieyasu, el amigo de los extranjeros barbudos, caería en su propia trampa al haber intentado comprar aquellos mosquetes para decantar la guerra que se avecinaba. Ahora sería él quien conseguiría el beneplácito de los restos del Consejo de Regencia. Haberse apropiado de aquel inmenso envío de los forasteros había sido un golpe de suerte; en esa noche, el magistrado lo tenía todo a su favor.

* * *

El poderoso río Yodo fluía mansamente, entre sauces de lánguidas hojas, bebiendo las escorrentías de las montañas que rodeaban la región de Kansai, al sur de la gran Kyōto imperial. Era una importante arteria fluvial que permitía a los viajeros y mercaderías dejarse llevar por la corriente desde la antigua capital de los *shōgun* Ashikaga hasta las murallas mismas del castillo de Ōsaka, la villa portuaria donde el joven heredero aguardaba la edad oportuna para convertirse en el *gran general de todos los ejércitos*, cumpliendo el sueño que había engendrado su padre al unificar bajo su mandato a los señoríos del Japón. Y en medio, entre ambas ciudades, sobre la colina Momoyama, abrazado por un meandro del río para dominar una llanura que se extendía hasta hundirse en el mar, se alzaba estratégicamente el alcázar de Fushimi; cercado por cuarenta mil hombres que se lanzaban contra el castillo con las picas en alto y los filos desenvainados, arrancando reflejos a la luna. Comenzaba un nuevo ataque, y estaba destinado a ser el último.

Mientras, en el núcleo de la fortaleza, rodeado por los estragos de un asedio sin cuartel, sabedor de la importancia estratégica de sus dominios, Torii Mototada, *daimyō* de la plaza, paseaba trabajosamente entre sus *bonsai*. Desde el sitio a Suwahara, en el que había sido gravemente herido, el señor feudal sufría de terribles dolores en ambas piernas y sus pasos eran cortos y vacilantes; contrastaban con la fuerte determinación

de su rostro. Aparentemente, no le concedía importancia alguna a los disparos que volvían a oírse. El *samurai*, respetuoso, callando sus preguntas, lo seguía en silencio.

El *daimyō* se detuvo ante una gran laja de pizarra apoyada en un tocón. Sobre ella, rodeado de un manto de musgo primorosamente dispuesto en el que se habían esparcido pequeños cantos rodados, se erguía con dificultad un pino mortificado por los años.

Saigō había visto ejemplares así en los acantilados del norte, colgados del abismo y barridos por el viento, pero mientras aquellos podían llegar a alturas de una docena de *ken*, este, apoyado en el suelo, no le hubiera alcanzado la cintura. Colocado en uno de los extremos de la losa que le servía de maceta, estaba terriblemente sesgado, como si un espantoso *tai fun* lo hubiese castigado con denuedo.

Todo el árbol reflejaba sufrimiento. Parecía luchar por alzarse, como si vendavales inmisericordes lo azotasen impidiéndole crecer erguido.

Las raíces, fuertes y gruesas en proporción al tronco, ancho como el antebrazo de un herrero, semejaban aferrarse a la tierra con desesperación. Del lado que habría quedado a barlovento, la madera expuesta por cicatrices resecas aparecía cubierta por una pátina cenicienta donde se salpicaban muñones desnudos de antiguos brotes, abiertos como garras tullidas; en el costado opuesto, la vida se aferraba a los cordones de la corteza tejida de escamas ya ancianas y, barridas por la ventisca que imaginara el maestro jardinero para formar el árbol, se escalonaban cinco pequeñas ramas, tantas como los elementos que todo lo componían. Se abrían con el perfil de una punta de flecha para dividirse una y otra vez hasta albergar colecciones de pequeñas acículas de un verde radiante, daban la impresión de haber sido pinceladas con laca plateada.

Saigō no solía caer en el sentimentalismo, era hijo de la guerra; se había curtido en la creencia de que la vida ocurría irremisiblemente en derredor. Sabía bien lo que se esperaba de él: vivir cada momento asumiéndolo con la estoica resignación de que sería el último. Y, al contrario que algunos jóvenes *samurai* que habían disfrutado de períodos de paz en los que cultivar la poesía, el dibujo o la caligrafía; desde que había

abandonado sus arrozales, él no había tenido otro cometido que el filo del acero. Pero aun así, al contemplar el *bonsai*, percibió la destreza de los años de cuidados, la delicada asimetría. Vio la belleza que escondía, del mismo modo en que tantas veces la había vislumbrado en un estilo de esgrima, o en las maneras de un *sensei* que tensara el arco entre sus manos. Se olvidó de sus cuitas y ni tan siquiera pensó en por qué habría sido convocado.

Torii Mototada, al advertir el gesto de su subordinado, asintió comprensivamente. Y supo que había acertado.

Aquel *ashigaru*, apartado de un terrible pasado, había logrado sobrellevar la culpa que apesaba su linaje y había intentado encontrar la paz. No le habían dejado; él conocía buena parte de la historia. Aun así, aquel *bushi* estaba allí, en medio de los ocho infiernos, dispuesto. Era el adecuado para aquella gesta imposible, y por eso iba a pedirle que renunciase a lo poco que todavía le quedaba.

Porque no le cabía duda. Aquel callado labriego aguantaría. Rodeado por la muerte, seguiría plantándole cara al enemigo. Fiel a su deber, leal a su *daimyō*. Hasta las últimas consecuencias, hasta que el *karma* decidiese. Como aquel árbol. En pie, incluso frente a las ráfagas inclementes de la galerna que lo harán despeñarse.

Y el señor del feudo, que, desde sus más de sesenta años, aún era capaz de encontrar juventud en aquel *samurai*, sonrió afectuosamente para, sin dar tiempo a las cortesías debidas, invitarlo con un gesto de la mano.

—Mi querido Hayabusa, ven, sentémonos —propuso hablando sin formalidades o tratamientos honoríficos; dirigiéndose al otro como lo haría un padre preocupado, consiguiendo que Saigō se sintiera abrumado por tal muestra de cariño—. He de hablarte...

En uno de los extremos del jardín, frente a soportales cerrados por paneles de papel de arroz, no lejos de la pequeña edificación dispuesta para la ceremonia del té, una pareja de sirvientes del castillo preparaba unos escabeles y una mesita labrada; dejaron también un jarro caliente de *saké* traído de Nada, cha recién preparado y unos pocos encurtidos curados en vinagre de arroz. Todo junto a la percha donde el halcón del *daimyō* batía sus poderosas alas de tanto en tanto. La rapaz observaba a

su amo aproximarse con fieros ojos dorados, abriendo y cerrando la aguzada cizalla que tenía por pico.

Para el señor Torii, cuyas maltrechas piernas apenas le permitían soportar unos pocos instantes arrodillado formalmente, resultaba agradable disponer sus encuentros al aire libre. Donde no solo disfrutaba de sus amados *bonsai*, sino que también podía sentarse sin verse obligado por la cortesía a soliviantar sus viejas heridas.

Saigō aguardó a que su señor acariciase el pescuezo del ave, que aceptó la mano del hombre con naturalidad. La rapaz no llevaba caperuza, y no calzaba pihuelas que la atasen al colgadero, pero no hizo ademán de echarse a volar; se apaciguó y comenzó a acicalarse las largas plumas pardas de sus alas afiladas. Después de que su *daimyō* lo hiciese, el antiguo labriego tomó asiento en el escañuelo libre.

Cuando los lacayos se alejaron, Torii Mototada habló:

—Hemos sido traicionados —expuso el *daimyō* sin ambages, con evidente desazón—. Estoy convencido...

El impacto de una revelación así hizo trastabillar los pensamientos de Saigō; no lo hubiera imaginado.

—Ha de ser por culpa de algún renegado desleal, padre de ochocientos embustes y otras tantas perjurias. Por eso nos encontramos en esta encrucijada —concluyó con vehemencia.

En la lejanía se perdieron relinchos amartillados por los silbidos de las balas. El halcón miró al horizonte y uno de sus ojos destelló con el reflejo de la llama de uno de los lampiones esparcidos entre los *bonsai*.

—El incendio... —Torii Mototada negó moviendo el rostro y tardó un instante en retomar su discurso—. Al arder la torre del este hemos perdido otra más de nuestras defensas —añadió con franqueza refiriéndose al foso principal, que estaba muy dañado—. Y ya solo quedan poco más de cien hombres con los que poder contar. —El *daimyō* se retrepó en su escabel intentando buscar un acomodo distinto para sus piernas—. Es el final...

Y como si hubiese entendido las ominosas palabras de su amo, la prima se inclinó en su percha abriendo el pico afilado y mostrando la aguzada lengua de rosa vivo. Observándola con una sonrisa, Torii hizo

un gesto a los criados, dando tiempo a que sus catastróficas aseveraciones calasen en el espíritu del *samurai*.

Y mientras el señor feudal contemplaba a la preciosa hembra de peregrino, recordando la última cacería de faisanes de la que habían disfrutado antes del asedio, los lacayos, siempre atentos a sus requerimientos, se apresuraron. En silencio, moviéndose entre los siseos de las telas de sus *kimono*, dispusieron entre ambos hombres un tablero de *go* y sendos cuencos bellamente pulidos.

Apenas conocía el juego. Pero Saigō sabía que era del agrado de su señor, y también del regente Tokugawa Ieyasu. Uno de los guardias le había contado como los dos habían pasado horas moviendo las pequeñas piedras en la tarde de la semana anterior, cuando el miembro del Consejo había visitado el castillo. En cada uno de los recipientes que acababan de dejar junto a ellos, labrados en palo de rosa, se guardaban guijarros, unos negros y otros blancos. Y, a medida que se disponían por turnos en la retícula tallada en el casillero, ambos jugadores medían sus fuerzas hasta controlar el mayor territorio posible. Era un divertimento para generales, no para hombres con su historia. Pero no dijo nada.

Sin embargo, Torii no parecía tener intención de jugar. Acarició la pechera moteada de su querido halcón y, girándose de nuevo hacia el *samurai*, destapó uno de los cuencos. Sacó una de las pequeñas piedras blancas y, cuando se quedaron de nuevo a solas, lejos de oídos indiscretos, comenzó a hablar pausadamente.

—Toyotomi Hideyoshi consiguió lo impensable —dijo depositando el guijo en el centro del *go kang* bellamente labrado—, unió bajo su control a todos los feudos del Japón. Por vez primera, un solo hombre, aparte del divino emperador, llamado a otras ocupaciones —aclaró alzando una ceja—, rigió en nuestras tierras. Aun así, a pesar de los esfuerzos aduladores de sus biógrafos —Saigō sintió los ojos cansados de su señor escrutarlo—, sus orígenes humildes le impidieron convertirse en *general de todos los ejércitos*. —Ante aquella mención al cargo de *shōgun*, al *samurai* no se le escapó la referencia a la modesta cuna en la que naciera el padre del heredero—. Tuvo que conformarse con el título de *gran consejero* —aclaró hablando de la dignidad de *kampaku*, la *barrera blanca*,

el hombre con mayor poder tras la casa imperial—. No había ni una sola gota de sangre Fujiwara en sus venas y no hubiera sido digno. Era solo un campesino convertido en soldado —como aparentaba el propio Saigō, el afamado Toyotomi Hideyoshi había sido un *ashigaru*—, un hijo de labriegos que habían servido casualmente para el clan Oda.

En ese momento, el *daimyō* se tomó un respiro y sirvió él mismo un poco de *saké*. Saigō aceptó el platillo que le tendían, pero apenas mojó los labios.

—Y cuando los años pasaron —prosiguió el señor feudal—, Toyotomi empezó a preocuparse por la sucesión. —El *samurai* conocía la truculenta historia, plagada de traiciones veladas y hombres obligados a cometer *seppuku*—. Finalmente, al tener un hijo varón, el pequeño Hideyori, viendo la muerte cerca, al antiguo campesino se le ocurrió jubilarse. Asumió el cargo de *regente retirado* —muchos seguían hablando de él como el *taiko*—, y designó un Consejo que garantizase a su vástago el poder...

Torii, que mientras hablaba había destapado el otro cuenco con las piezas de *go*, extrajo cinco de ellas, esta vez, negras.

—... Cinco hombres de probada honorabilidad que velarían por los intereses de su hijo hasta la llegada del momento oportuno en el que, con la venia del emperador, el niño Hideyori pudiese convertirse en *gran general de todos los ejércitos*. —Al tiempo, Torii colocó las cinco piedras negras en la línea inferior a la central del tablero, donde había dispuesto la blanca que representaba al difunto *taiko* Toyotomi Hideyoshi—. Parecía haberse asegurado de que el futuro de su vástago estuviese garantizado, pero sus ansias de grandeza fueron más allá de lo razonable e intentó conquistar Korea... Como tantos otros ilusos, murió ahogado por sus ambiciones...

Y a la vez que retiraba la pieza que había depositado en el medio del tablero para devolverla a su cuenco, inclinó el rostro señalando la frasca de *saké* con el mentón.

Después de beber el licor de arroz, calentado hasta su punto justo para resultar reconfortante, Torii Mototada miró con gesto severo a su *samurai*.

Saigō comprendió que en breve sabría por qué había sido llamado. Tironeó de las gayaduras de los faldones de sus ropas, ajustó uno de los nudos del peto que le ceñía el torso y, aun pese a la incertidumbre, se sintió honrado de contar con la confianza de su *daimyō*.

El retumbar de la pólvora de los mosquetes se hizo más cercano y Saigō vio de reojo, a lo lejos, cómo alguien se acercaba hasta los guardias y estos le negaban la entrada al jardín. El último asalto del asedio se recrudecía por momentos.

El vino parecía vinagre rebajado, los mosquitos hubieran pasado por becerros en las ferias de ganado de Castilla, y la grasa garrapiñada en las tablas amenazaba con arrancar las suelas de las botas con cada paso. Pero en toda Ciudad de los Reyes, que tenía el nombre pero no la enjundia, no había otro lugar en el que uno de los hombres del fuerte, además de ser bien recibido, tuviera la oportunidad de gastarse la soldada intentando apaciguar el asfixiante bochorno refrescando el gaznate.

Al fondo, tras la algarabía de unos cuantos que pellizcaban a la mulatita que servía las mesas, medio escondido entre las sombras que no espantaban las candelas, un joven, sin golilla ni cuera, removía el bebedizo agrio que vendían en la taberna jugando al tentetieso con un vaso de barro descascarillado. Tenía el aire pensativo del que ha dejado atrás algo más que una cuenta pendiente. Parecía inmune al jolgorio de los demás, entretenidos a pesar del caldo rancio, el humo espeso y el guiso lardoso que constituía el único plato del lugar.

—¿Y cuándo dan el responso? —inquirió uno, largo como un día sin pan, que se acercó hasta la mesa sorteando tumbos que hacían peligrar la jarra que llevaba en la mano.

El joven alzó la vista e hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Y quién es el muerto? Lo pregunto porque alguien ha tenido que pasar a mejor vida sin oportunidad de confesar, si no, a qué viene esa cara de estreñimiento galopante... Si con la bazofia que nos dan aquí

no hay cristiano al que se le agarren las tripas... Yo ando más suelto que un cura en un convento...

Dámaso, acostumbrado, no tuvo el ánimo de darle importancia a la blasfemia, pero antes de que pudiera pedirle a su amigo que se comportara de un modo más acorde a un soldado de los ejércitos del muy católico rey Felipe el Tercero, alguien irrumpió en la tabernucha como una tromba.

Las cabezas de los parroquianos se giraron al unísono, la mulata se fue a refugiar a las cocinas y el tabernero pensó en protestar.

—¡Martín! ¡Martín Valdés! —gritó el recién llegado desde el vaivén de la hoja de la puerta—. Pedid confesión o dineros. A mí me importa bien poco lo que preferáis —continuó al tiempo que avanzaba entre los hombres, que se hacían a un lado tapando los vasos con las palmas para no derramar el vino infecto—. Pero esta noche, o cobro mi deuda, o me hago un cinturón con ese largo pellejo vuestro.

El interpelado, cachazudo, echó un trago calmo a su propia jarra como si todo aquello no fuese con él.

—¿No sabréis si este antro tiene una salida por ahí atrás? —le preguntó a su compañero de mesa señalando con el cántaro hacia el fondo del local, para donde caería el puerto.

Dámaso se fijó en la gota de vino que se escurría desde la boca del jarro hasta el suelo y, poniéndose en pie, negó al tiempo que suspiraba.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Los dados?

Era el tono resignado de un padre que ha aceptado la travesura del crío antes incluso de regañarlo. Martín se secó los labios con el dorso de la mano que sostenía la jarra y asintió con una sonrisa franca.

—Estaba seguro de que no perdería...

—¡Rogad por vuestra alma! Y pedidle a la Santa Virgen que se apiade de vos —interrumpió el que acababa de entrar, ya más cerca y con la espada desenfundada alzada por encima de la cintura—, o me dais lo que debéis, o saldréis de aquí con los pies por delante...

Dámaso negó moviendo con desgana el mentón. Observó la postura del intruso con el hierro: era evidente que no se trataba de un espadachín digno de mención, pero no se podía dudar de que era un soldado

curtido. Con la izquierda, el jaque desenvainó una de las largas dagas que llamaban *vizcaínas* y se preparó para cobrar su deuda mirando a Martín. Bien podía ser que no supiera tirar o parar como era debido, pero seguro que sabía matar.

Aun así, pensó que no resultaría provechoso aludir a su graduación para evitar la pelea. Si lo hacía, el furibundo acreedor encontraría otra ocasión, y podía ser que no se comportase de forma tan noble. Tan lejos de Castilla, no era raro que una estocada en la nuca quedase impune. A miles de leguas de Madrid, los alguaciles y justicias no siempre tenían el celo debido; las únicas garras que llegaban allende el océano eran las del Santo Oficio, que no conocía de fronteras cuando se trataba de luchar contra los herejes.

Al menos no había pistolas de chispa a la vista. Si la cosa no podía resolverse con palabras y había que llegar a los aceros, sin pólvora se corría menor riesgo de lamentaciones a la mañana siguiente.

—En ese caso será mejor que salgamos —dijo Dámaso finalmente, atusándose el bigote y terciando la capa sobre el hombro—. El tabernero no tiene la culpa de vuestros lances...

El otro, que andaba pendiente de los gestos de Martín, le dedicó una mirada hosca al entremetido.

—¿Y qué vicario os dio vela para este entierro? —preguntó el perdonavidas alzando el aguzado extremo de la toledana.

Dámaso no había hecho la proposición porque temiese cruzar aceros con el enfadado fiador, llevaba toda su vida tirando con la espada, desde su infancia en el pazo familiar. Y durante sus años en Flandes jamás había abandonado la práctica diaria que le había inculcado su padre, fiel seguidor de las nuevas tendencias de la esgrima, con su geometría y su estudio minucioso de las posiciones. Sin embargo, no quería que a alguno de los parroquianos le diese por intervenir. Conociendo a Martín, era probable que más de uno entre los presentes quisiera saldar otras deudas pendientes con su amigo, y bien podía ser que le diera por acogerse a la tentación de poner una zancadilla inoportuna. Además esperaba no tener una noche toledana de hierros cruzados y que los discursos arreglaran el asunto. Dada su situación, lo último que Dámaso quería

era meterse en líos que comprometieran su nuevo destino; tenía que salir con bien de aquel viaje y lograr lo que se había propuesto, por ella.

—Supongo que no lleváis en la bolsa ni un ardite con el que pagar el azumbre de vino que os estáis bebiendo —le susurró a Martín al tiempo que daba el primer paso hacia la salida.

Su amigo asintió levemente confirmando la sospecha. En el rostro diáfano se advertía una picardía nunca perdida; lo acompañaba desde una infancia de arterías callejeando por la vieja Madrid para eludir el hambre.

—Está bien, veamos si somos capaces de evitar que se derrame la sangre —le respondió en voz baja antes de gritarle al acreedor—. ¡Salgamos!

Mientras caminaba bajo las miradas curiosas, Dámaso pensaba, de hecho, en cómo evitar que aquello fuera a mayores. Pero, viendo la iracunda expresión del otro, estaba bastante seguro de que no sería tarea fácil.